
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE FIESTA CELEBRADA

EL DIA 1.° DE OCTUBRE DEL PRESENTE AÑO

EN LA IGLESIA DE STO. DOMINGO,

A NUESTRA SEÑORA MARÍA SANTÍSIMA DEL ROSARIO,

PATRONA DE ESTA CIUDAD DE CADIZ,

PREDICÓ

EL DOCTOR D. SERVANDO ARBOLÍ,

CAPELLAN DE HONOR DE S. M. EN LA DE REYES CATÓLICOS DE GRANADA, INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTÍFICO-LITERARIAS, EXAMINADOR SINODAL DE ESTE Y OTROS OBISPADOS, ETC.

CON ASISTENCIA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO.

CADIZ.

EDUARDO GAUTIER, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE S. FRANCISCO, NÚM. 25.

1865.

CÁDIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

1865.

✠

Afferamus ad nos de Silo arcam fœderis Domini, et veniat in medium nostri, ut salvet nos de manu inimicorum nostrorum.

1 REG. IV. 3.

Traigámosnos de Siló el arca de la alianza del Señor, y venga en medio de nosotros para que nos salve de las manos de nuestros enemigos.

EXCMO. SEÑOR:

Si no tuviera el cristianismo otro título á nuestra adoracion y respeto que el influjo que ha ejercido en la vida moral, religiosa y aun política de los pueblos, este solo bastaria para ganarle el homenage de nuestra alma y la eterna gratitud de nuestro pecho. Mientras que todos los sistemas de la filosofía humana, sean cuales fueren el valor de sus doctrinas y el renombre de sus maestros, ya busquen en las encantadas tradiciones de la India la fuente de su dogmatismo, ya en la culta Grecia heredera de su dominio en las ideas, ya en la potente Roma último asilo de la civilizacion antigua, no han podido llevar su imperio mas allá del estrecho límite á que se reduce la opinion ó el entusiasmo; solo el cristianismo que promulgó una doctrina nueva y desconocida, que no demandó auxilios á la filosofía, que afianzó el secreto de su poder en el gran secreto de su novedad divina, penetra por todo el universo, convierte las naciones, llama á su seno al griego y al ro-

mano como al inculto nómada del Yemen, al judío que lo crucifica como al gentil que lo desprecia, preside los acontecimientos, ¡qué digo! forma una nueva historia, y cuando antes el mundo, la civilizacion, los grandes hechos pudieron explicarse sin un filósofo, hoy el mundo, la civilizacion y los grandes hechos no se explican sin Jesucristo.

¡Cómo me complazco en consignar esta gran idea al frente de mi discurso! ¡Cuánto goza mi alma en ver que este hecho culminante no puede nunca ser ahogado en la cruda tempestad de las revoluciones, y que hoy mismo, cuando todo conspira contra la Iglesia, cuando el mundo quiere vencerla por la fuerza, ella lo vence y anonada por las ideas, por los sentimientos, por las grandes concepciones que de ella nacen, por los inmensos recursos que atesora, y que mientras aquel se esfuerza por enervar el predominio del catolicismo, no hace mas que añadir la corona del mártir á la del confesor denodado, y que aumenta sus triunfos, pero que no aminora sus ejemplos! Confieso, señores, que esta es la única satisfaccion que cabe en el siglo XIX al pecho de un católico profundo.

No creais que me alejo de mi objeto. Direis con mas derecho que adiviné la consecuencia antes de sentar las premisas, y que el epílogo de mi discurso se ha convertido en su exordio. Así podremos comparar las verdades enunciadas con el término á que se refieren, y se comprenderá mas fácilmente la trabazon íntima que guardan mis proposiciones con el objeto á que se encaminan. El Rosario de María simbolizando nuestras glorias religiosas y nuestras glorias nacionales, no será mas que una prueba del gran principio ya sentado. Y si el arca de la alianza, en medio de Israel, constituyendo la proteccion y el escudo de los hijos de la promesa, no era mas que un signo de la misericordia del Señor, y del testamento que firmaba con su pueblo; el

arca de la nueva alianza que es María, imponiendo el terror y el espanto en el ánimo del enemigo filisteo, es una señal característica del poder inmenso de Dios, y de la paz que ha firmado con las naciones.

Esta gloria inmortal que brilla hoy en el santuario del catolicismo, mas pura y radiante que la que llenaba el propiciatorio de Jacob, debe ser el tierno objeto de nuestro fervoroso entusiasmo. A ella entonamos himnos acordes cuando celebramos el Rosario de María; suyos son los timbres que el noble Domingo de Guzmán adquirió por tan precioso legado; suyos son los lauros de Lepanto; y el valor de Juan de Austria, y la noble actitud de Colonna, y la fé de Pio V, y el poder del católico Felipe, perlas son del cristianismo engastadas en la diadema de María, joyas que ilumina un mismo sol de justicia, y que resplandecen en la sien augusta de la hija predilecta de Sion.

Venimos, pues, á celebrar con el Rosario de María dos grandes motivos de gloria para el cristianismo y de confusion para sus adversarios. Fé cristiana, actividad católica; fé cristiana robustecida por la institucion del Rosario contra los enemigos del dogma: parte primera de mi discurso. Actividad católica desarrollada por esa misma fé contra los enemigos de la civilizacion y representada en el Rosario: parte segunda. Bajo el primer concepto, el patronato con que nos gloriamos es la salvaguardia de nuestra fé; bajo el segundo, es el que asegura nuestro bienestar—*afferamus ad nos, etc.*

El cristianismo lo abarca todo, alma y cuerpo, espíritu y materia, intereses de la religion y derechos de las sociedades; esta es su gloria. El Rosario de María lo representa todo; significa la fé que da la vida al alma, significa la actividad católica que ha dado vida á la civilizacion: este es su panegírico.

Excmo. Sr.; no en vano habeis cifrado en el patrocinio de María el mas heróico blason con que se dis-

tingue nuestra patria: ni el ejemplo que hoy dais al pueblo que os confió sus destinos, puede ser de escaso mérito en la presencia del Señor. La religion que dió á Cádiz un tesoro inestimable en el Rosario de María acepta vuestro homenage y lo bendice; no saldreis de este templo sin que la madre de las misericordias os reconozca por sus hijos. Si estas son vuestras únicas aspiraciones, contribuireis á la gloria del catolicismo, y sus mismos laureles ceñirán hoy vuestra frente.

Antes de proseguir, imploremos los auxilios de la gracia.—Ave.

Apenas hay un hecho tan controvertido como el orígen de la piadosa institucion que es hoy objeto de nuestros cultos. La crítica severa ha querido penetrar aun en aquellas edades que permanecen ocultas bajo el velo del misterio, con el único fin de disputar á Domingo de Guzman la gloria que de aquel pensamiento le resulta. Sin embargo, bien que ninguno de los escritores contemporáneos haga mencion de este hecho, porque las difíciles circunstancias de aquella época azarosa pudieron oscurecerlo, y no recibió, por decirlo así, su completa sancion en el ánimo de los fieles ni en el espíritu de la Iglesia hasta tiempos posteriores, ley que vemos siempre cumplida en los grandes acontecimientos; es lo cierto, que los cronistas de la órden de predicadores, tan interesada en depurar la crítica de este suceso, las constituciones de todos los pontífices, muy especialmente de Leon X, de Pio V, de Gregorio XIII, oráculos siempre de la mayor autoridad en las tradiciones sagradas, y los escritores de los anales de la Iglesia en el siglo XVI y los posteriores hasta la época presente, convienen en dos puntos de la mayor importancia y que

son los que hoy han de servir á nuestro objeto, á saber, que Domingo de Guzman instituyó y propagó la nueva forma de recitar la salutacion angélica con el nombre de Rosario, y que el espíritu que lo impulsó á ello fué establecer un medio eficacísimo de convertir á los herejes de aquel tiempo, y de confirmar á los fieles en la doctrina católica, previniéndolos contra las insidias de sus adversarios.

A tí, gloria y precioso timbre de nuestra España, á tí, aun mas ilustre por tu fé y tu religioso entusiasmo que por los títulos que te legó tu noble estirpe, estaba reservado forjar un nuevo escudo contra la heregía, añadir un nuevo apoyo á la causa de la religion, trazar una nueva apología del cristianismo, por lo que tiene de mas noble, la conservacion de la vida del espíritu. Sí, cristianos, Domingo de Guzman comprendió que la palabra Divina es el primer cimiento de la fé; esta conviccion dió orígen á la órden de Predicadores; pero comprendió no menos que la predicacion es estéril si el espíritu no se alimenta de la oracion, único medio de elevar las almas hasta el cielo, y que si el poder de la palabra es inmenso, como emanacion del Verbo eterno, la fuerza de la oracion es omnipotente; hé aquí la gran filosofía del establecimiento del Rosario. Es el vaso del maná, símbolo de la gracia, reunido en el mismo santuario con la vara de Aaron, con el libro de la ley, y que juntos habian de triunfar siempre en la Iglesia, superando los repetidos embates de la heregía: ¡qué cierto es que los grandes pensamientos para precaver los grandes peligros nacen del espíritu católico! Considerado de este modo el asunto, Domingo de Guzman instituyendo el Rosario es algo mas que un héroe, diremos que abarca con su inteligencia todo el pensamiento, toda la idea de su siglo, y al modo que Moisés sobre la montaña sagrada con las manos dirigidas al cielo en

ademan de humilde súplica, hizo victorioso á Israel sobre las huestes del Amalecita, Domingo de Guzman es el nuevo caudillo que conjura por medio de la oracion los temores que asaltan á la Iglesia.

Es el siglo XIII una época de gravísima situacion para el catolicismo. La heregía de los albigenses, nacida de los sistemas de los anteriores doctrinarios hasta remontarse al dualismo de los orientales representado en Manes, esta secta en que vino á condensarse todo lo que abortó el siglo XII de ódio contra la Iglesia y sus ministros, de calumnias y asquerosas diatribas, de profanacion y desórden, estendiendo su abominable imperio no solo al dogma religioso, sino al derecho civil y natural de los pueblos, promoviendo en todas partes la revolucion y el trastorno por el descrédito y la befa de las autoridades constituidas; esta secta digo, que puso á inminente riesgo las naciones en su período mas difícil, cuando iba á espirar la edad média vislumbrándose ya la aurora de la edad moderna, era un formidable coloso tanto mas aterrador cuanto que afianzaba su poder en la conciencia; la Iglesia gemia, la sociedad vacilaba, y nada era suficiente á destruir tan poderoso adversario.... ¿nada? Sí, que aun vive dentro del catolicismo un espíritu capaz de crear la vida de las almas y de eternizar las instituciones; vive el amor, vive la esperanza, vive la fe: no es necesario sino un impulso fuerte que la mueva, y entonces como aguas largo tiempo detenidas, que derribado el muro espeso que las contenia se precipitan en lo mas hondo del valle, y de allí se deslizan en benéfica corriente fertilizando la abrasada campiña, tornarán á producir los nuevos frutos tan suspirados por la humanidad.

Este impulso era el Rosario; la salutacion angélica repetida una y cien veces como si el alma no tuviese mas que un solo sentimiento, una sola idea y un solo espíritu. ¿Y qué otro mas adecuado ni mas propio para es-

terminar el error entonces dominante? El *Ave María* no es por ventura la síntesis de toda la economía del cristianismo en lo que tiene de mas sublime y perfecto, en las verdades mas trascendentales y necesarias para la vida de la Iglesia? ¿no es á un mismo tiempo el signo de la misericordia del Señor con su sierva, y de la que por medio de ella, en virtud de la encarnacion que se obra en su seno, ejerce con nosotros? ¿qué quiere decir *Ave María gratia plena*, sino que la criatura ha encontrado gracia delante del Señor, y por consiguiente que no es mala por naturaleza como enseñaban los albigenses; que no existen dos principios, uno del bien y otro del mal, sino que el bien y el mal se constituyen por la correspondencia del hombre á los favores del cielo? ¿qué quiere decir *Dominus tecum*, sino que cuando una vez el Señor ha mirado con predileccion á una criatura, habita en ella, y que si en María se difundió toda la gracia, toda la plenitud misma de gracia que tiene Jesucristo, aunque de diversa manera, como dice un escritor de sus glorias, *in Mariam vero totius gratiæ, quæ in Cristo est, plenitudo venit, quamquam aliter*, (1) en nosotros que somos miembros de Jesucristo como enseña el Apóstol, *membra de membro*, (2) tambien vive el Señor, y esta vida se fortifica en la Iglesia por los sacramentos, por el culto, por todas aquellas prácticas que negaban los albigenses como consecuencia lógica de la teoría de los dos principios? Así la oracion del Ave María y no como quiera la oracion simple y de unidad numérica que desde los tiempos mas remotos usó la Iglesia católica, segun se colige de las antiguas liturgias, sino la oracion repetida y continuada, como es natural al corazon humano prorumpir repetidas veces en un mismo suspiro nacido del sentimiento que abriga, era un medio poderosísimo de afianzar la fe y de condenar la heregía.

Dice el Apóstol San Pablo escribiendo á los Colosenses, que en Jesucristo habita toda la plenitud de la

Divinidad corporalmente, y que en él se hallan encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: *In quo habitat omnis plenitudo Divinitatis corporaliter, et in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ Dei.*(3) De estas palabras deducen los santos Padres, y entre otros San Gerónimo, San Agustin y San Pedro Damiano, que en María existe toda la gracia posible como madre de Jesucristo, y por consiguiente que alcanzó mas dicha que otra alguna muger, *benedicta tu in mulieribus,* que fué bendecida con una bendicion peculiarísima, bendicion que habia de alcanzar á los hijos de la numerosa descendencia prometida al padre de los creyentes, bendicion que creaba la alteza de la muger católica, y que constituia nada menos que el nuevo derecho de las naciones, poniendo en el ánimo del hombre una idea hasta entonces oculta, y á que tambien renunció la herejía del siglo XIII, á saber. que Dios es la fuente de toda gracia, de todo honor, de todo derecho; que solo puede ser bendecido lo que él bendice y consagra, *benedicta tu in mulieribus*; y que el linage humano está llamado, no á la perdicion y á la ruina, no á la licencia y al desenfreno, no á sacudir el yugo de la autoridad, como decian los albigenses, sino á merecer por las buenas obras las misericordias del Señor, y que esa misma palabra *benedicta tu in mulieribus* sea la prenda de una bendicion estensiva á todos los hombres, como hijos de un mismo padre y herederos de un mismo cielo. De aquí la necesidad de la mortificacion y penitencia, de aquí el sacrificio, bases de la religion cristiana, fundamentos de su moral sublime, único medio de rehabilitar nuestro ser moral á despecho de una doctrina que lo deprimia reduciéndolo á la condicion mas torpe y degradada, *benedicta tu in mulieribus.*

Pero María no es solamente la criatura en quien se obran estos prodigios de la diestra del Señor, sino tambien la mas perfecta, con una perfeccion de virtud

correspondiente á toda la gracia que habia recibido. Si las palabras del ángel *ave gratia plena* encierran el pensamiento de todo lo que Dios ha podido hacer por el hombre, las palabras de María *ecce ancilla Domini* abarcan la idea de todo lo que debe la humanidad para corresponder á tanto beneficio. Por esta razon, señores, me atrevo á decir que son inseparables, que forman un solo cuerpo de doctrina, enseñándonos á un tiempo la accion de Dios y la de su criatura con los lazos que deben necesariamente unirlas para llevar á cabo el plan Divino. Así la salutacion angélica no tan solo trae á la mente aquellas grandes verdades que forman la economía de la religion, sino los grandes ejemplos que constituyen su segundo apoyo; ejemplos que si es necesario predicar en todos tiempos como única fuente de salud, nunca mas que en presencia de una herejía que los rechaza, una herejía que vive entre nefandas abominaciones, una herejía que niega la resurreccion de la carne porque no puede santificar esta misma carne y hacerla capaz de tanta gloria. Los albigenses del siglo XIII representan esta secta; la institucion del Rosario es el medio mas seguro de combatirla. Dice San Ireneo, que María siendo vírgen obediente se habia hecho para sí misma y para todo el género humano causa de salud; *Maria virgo obediens, et sibi, et universo generi humano facta est causa salutis*; y que lo que Eva ligó por la incredulidad, ella lo desató por la fe, *quod alligavit virgo Eva per incredulitatem, hoc virgo Maria solvit per fidem.* (4) Este mismo concepto lo expresa Tertuliano con aquella precision y profundidad que distinguen todos sus escritos; lo que Eva delinquió, dice este apologista, por haber creido, ella lo borró creyendo: *quod illa credendo deliquit, hæc credendo delevit.* (5) La fe que en María prosigue á la salutacion angélica es la base de toda su santidad casi infinita, y por lo mismo el documento mas instructivo que pudo legar á sus hijos. Ved

como el Rosario se va revelando á nuestra alma como un firme apoyo de la fe, como una refutacion victoriosa del error, como un nuevo testimonio de la fuerza que atesora el catolicismo para vencer á los enemigos del dogma, que lo son tambien de la buena filosofia y de los nobles derechos de la inteligencia.

¿Con cuánta razon, pues, no podré decir apropiándome el pensamiento de San Agustin, que las palabras del ángel á María han traido la salud al mundo, así como las palabras de otro ángel á Eva introdujeron la muerte? *Et quoniam Diabolus per serpentem Evæ locutus, per Evæ aures mundo intulit mortem, Deus per angelum ad Mariam protulit verbum et cunctis sæculis vitam effudit.* (6) Ciertamente, confirmadas en el ánimo de los fieles las grandes verdades que contienen, no podia menos de robustecerse la doctrina católica manteniendo en su primitivo vigor la vida de las almas.

Esta salutacion angélica precedida de la oracion Dominical, como para unir la espresion de la voluntad del mismo Dios con el signo de su amor á la mas perfecta criatura, constituye un rico tesoro del cristianismo. De él se sacaron los recursos para aquella cruzada que presenció el siglo XIII y que continuó en las sucesivas generaciones hasta que vino á confundirse la heregía con la reforma de Alemania; su espíritu es el que ha animado á todos los hijos de la Iglesia católica que adoptaron la práctica revelada á Domingo de Guzman como una protestacion de fé, como un escudo, como una defensa y como un consuelo, sí, porque todo esto es el Rosario de María y todo esto habrá siempre de ser para el cristiano. ¿Comprendeis pensamiento mas acabado que el de unir la meditacion de los misterios á unas preces que encierran la razon suprema de todos ellos? Hay cosa mas grande en la religion que creer y orar á un mismo tiempo? ¿Puede concebir la inteligencia algo mas sublime que remontarse hasta la

contemplacion de la razon eterna por medio de la fe, mientras la lengua profiere una oracion que realza este don divino, que lo robustece, que lo confirma, y que lo hace victorioso? ¿Y podrá haber mayor ni mas tierno consuelo que pronunciar con los labios lo que atesora el corazon creyente, y que al suspiro del alma enamorada de su Dios acompañe la dulcísima caricia de una oracion fervorosa? Pero no una oracion formulada por el hombre, sino descendida del mismo cielo en el momento solemne en que se firmaba la segunda alianza; oracion que es mas bien un sublime panegírico del Padre que se apiada, del Hijo que se encarna, del Espíritu Santo que hace sentir su accion en el seno de María; oracion que lleva al cielo el testimonio de nuestra gratitud por tan singular beneficio, nunca mejor espresada que cuando repetimos las palabras de salud que lo recuerdan. ¿Puede ser mas perfecto el pensamiento? ¿ni tampoco mas glorioso el triunfo que por medio de él alcanza la fe católica?

A esta consecuencia en que debo terminar la primera parte de mi discurso, os queria yo traer lógicamente, dejando á vuestro criterio las diversas é importantísimas aplicaciones á que dá lugar esta doctrina. Porque si el Rosario de María fué en el siglo de su institucion un signo característico de la fe cristiana, ¿cómo no ha de serlo hoy, cuando no ya aquellos errores, sino un grosero materialismo, ó una escéptica duda que conduce á la negacion de toda realidad dogmática, es la herencia que nos ha trasmitido la mal llamada filosofía? ¿Ni cuándo deberán los lábios del católico pronunciar con mas fervor aquel elogio de María, que cuando se niega la gracia en los modernos sistemas, cuando se deja al hombre entregado á sus débiles fuerzas, y no se le promete otro destino que el goce fugitivo de la materia? Sin duda, católicos, el Rosario de María es hoy un elemento religioso de la mas alta importancia, y aun

puedo decir mas, un elemento civilizador, gérmen que ha querido desarraigar de nuestro suelo una propaganda enemiga, porque á él parece ligada la fe del pueblo español.

Pero tú, hija predilecta de María, tú, Cádiz religiosa que cifras en su Rosario uno de tus mas gloriosos blasones, que te admiras con él mas orgullosa que con la antigüedad de tu nombre, y con la gloria de tus preclaros hijos; tú que dormida blandamente á la orilla de los mares, esperas que te despierte, para recobrar el dominio del Océano, el primer albor de la aurora con el primero y purísimo destello de la fe; tú que invocaste á María cuando el enemigo cercaba tus hogares, y pusiste en su patrocinio la salvaguardia de tu fe, no podrás ser indiferente, ni renunciarás esquiva y altanera el don que humilde recibiste.

Esta dulcísima esperanza me llena hoy de consuelo; y confieso, católicos, que las voces elocuentes que hoy salen de vuestras conciencias para ensalzar el Rosario de María me confunden y me turban. Quisiera como hermano vuestro, mecido en vuestra misma cuna, acariciado por las mismas auras, bendecido por la misma mano de esa madre de misericordia, interpretar dignamente vuestros sentimientos, y decir en elogio suyo lo que siente mi alma, lo que leo tambien en vuestros corazones. Pero si no me es permitido alcanzar tanta dicha, pueda al menos volverme al trono de su amor, y pedirle con vosotros que si su espíritu es dulce como la miel, y su herencia sabrosísima como el panal de la abeja, *spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum;* (7) sintamos en nuestro corazon la ternura de su pecho, esperimentemos en nuestro espíritu los efectos de su patrocinio; que robustezca nuestra fe, que merced á ella rechacemos la dominante heregía, y que toda nuestra gloria esté desde hoy cifrada en enaltecer la causa santa, en acompañar el triunfo de la Iglesia.

¿No veis cómo esta confunde á sus adversarios y preserva del error á la inteligencia? ¿no veis cómo su fe atraviesa las edades y todo se opone á su marcha para hacer mas gloriosa su victoria?—Prestadme un instante mas vuestra atencion y os demostraré cómo asegura los derechos de la sociedad civil. El Rosario de María es el símbolo de todas nuestras glorias patrias: parte segunda.

SEGUNDA PARTE.

Voy á consignar una idea que casi siempre suena mal desde este sitio, pero que no es por eso menos verdadera ni menos importante en sus aplicaciones. Hace diez y nueve siglos que la política no dá un paso sin la religion; y este hecho universal que abruma á nuestros adversarios, de tal manera que la historia se convierte siempre en anales del cristianismo, parece que es la ley traida á la sociedad por el Evangelio. Desconózcalo el orgulloso pensador moderno, ó trate de desfigurarlo, si quiere, el sofista que emplea la fuerza de su ingenio en calumniar la influencia social de la Iglesia; es indudable que sobre todas las falsas interpretaciones y no obstante el espíritu avieso y descreido que domina á los hombres de la época, está ese acontecimiento colosal, grandioso, único que esplica por sí mismo la historia antigua, que ilumina la densa oscuridad de los siglos medios, que resuelve los problemas de la edad moderna, hasta tal punto que ó bien hay que renunciar á las leyes del buen criterio, ó admitir necesariamente el predominio del principio católico.

Si necesitáramos hoy comprobacion de esta verdad, aparte del hecho que nos recuerda la festividad que celebramos ¿seria necesaria otra tarea que poner al exámen imparcial y sério de los fieles el cuadro del si-

glo XVI? ¿vió nunca la humanidad un siglo que reuniese en su círculo mayor número de empresas, de revoluciones y trastornos, de conquistas y adelantos, uniendo los restos del mundo antiguo con el comienzo del nuevo, cuando se constituia el poder absoluto del monarca, y se preparaban nuevos hechos de política que hicieron mudar de aspecto la faz ya por tanto tiempo trabajada de la vieja Europa? Y bien, ¿no es el espíritu católico el que determina y preside todo género de cambios, todo linage de progresos? ¿no es él quien se interpone entre los derechos del pueblo y los títulos de los soberanos para crear esas formas de gobierno que no pueden ser estables sino á condicion de ser esencialmente católicas? ¿no es él quien pone feliz término en nuestra península á una guerra empeñada contra el usurpador mahometano, y decreta el triunfo definitivo de Felipe? ¿no es él quien se constituye en la desgraciada Bretaña al lado de la inocencia y del pudor ultrajado, y no cede su puesto sino para dejar el dominio á la tiranía, á los horrores, y lo que es peor, al despotismo ejercido sobre las conciencias por un monarca voluptuoso y engreido? Y si esa Francia se encuentra en el mas deplorable estado, si las guerras intestinas la dividen y se tiñe de sangre su suelo, ¿qué otra es la causa sino haber perdido ó menospreciado la antigua fe de Clodoveo? ¿no fué el catolicismo el que preparó sus conquistas, como formó tambien su nacionalidad é independencia?

No necesito confirmar esta verdad que se halla escrita en los anales del mundo. La religion en su apogeo ha formado siempre la felicidad de las naciones y á su decadencia se ha seguido la desgracia de estas. En ambos casos se reviste de gloria porque ostenta el poder que atesora su doctrina para labrar la suerte de los pueblos. Creer hoy otra cosa seria mostrarnos muy atrasados aun en la historia misma de las ciencias, y si algo se ha podido adelantar en el espacio de mas de medio siglo,

este progreso tanto en la crítica como en todo género de letras ha preparado el triunfo definitivo de la verdad católica contra las añejas doctrinas de la enciclopedia. Desconocer la influencia benéfica de la Iglesia en la vida social de los pueblos hará muy poco honor á cualquiera que aparente ignorarla. Preguntadlo si nó á vuestras antiguas tradiciones; *intérroga majores tuos et dicent tibi.* La victoria de Lepanto no es el único testimonio que depone á favor del Cristianismo, y hoy mas bien debo recordároslo como una manifestacion cualquiera, como un solo ejemplo del predominio del Evangelio, que como una gloria nacional y un triunfo obtenido en favor de la libertad europea.

Ah! y qué consuelo tan puro, madre mia, que podamos unir tu nombre al de una gloria tan preclara! que cual si fuese de escasa importancia el ejemplar continuo que nos ofrece la historia, hayas tu misma querido señalar con tu proteccion y vigilancia el principio de nuestra cultura. Prudente como Abigail ilustras el ánimo que dirigió la santa liga; compasiva como Esther frustras el designio del impío Aman; hermosa como Judith cortas la cabeza del temido Holofernes; aguerrida como Débora presides el combate contra el enemigo de tu pueblo, y cuando ya disfruta el beneficio de la libertad que le adquiriste, una sola palabra nos recuerda tanto honor, tanta gloria, y esta palabra es una nueva prueba de tu cariño, el *Rosario.*

Sí, católicos, el mismo dia y á la misma hora que las confraternidades del Rosario establecidas en Roma elevaban públicas preces por el éxito feliz de nuestra armada, se hundia en el golfo de Lepanto la temida preponderancia del turco. La fiesta de nuestra Señora de las Victorias fué instituida por Pio V, á la sazon Pontífice de la Iglesia, para recordar el triunfo del poder cristiano, y Gregorio XIII en el año mil quinientos setenta y tres confirmaba la solemnidad del Rosario

en toda la Iglesia, señalándole el mismo dia de tan glorioso combate, primer Domingo de Octubre. ¿Tendrá que oponer algo la impiedad ó la maledicencia? ¿no se confundirá mas bien al admirar á la Iglesia consagrando con sus festividades las glorias y la independencia de las naciones? ¿podrá concebir otra religion mas interesada que ella en los adelantos de la civilizacion, y en la suerte de los pueblos? Pero dejadas estas reflexiones que lógicamente se desprenden del asunto, figémosnos tan solo en que el Ave María, despues de habernos enseñado una gloria religiosa, nos recuerda una gloria nacional. No es estraño; cuando el ángel anunciaba á la Vírgen de Nazareth el misterio que se obró en su seno, le profetizaba, sin duda alguna, el secreto de la felicidad del alma y de la dicha del universo. El Salvador que se encarna en la Vírgen llena de gracia, es el camino, la verdad y la vida: *via et veritas, et vita*. (8). Y cuando San Pablo dice que el Evangelio es virtud de de Dios para salud de todo aquel que cree, *virtus enim Dei est in salutem omni credenti*, se entiende que esta salud es tambien para los intereses sociales; y cuando escribiendo á su discípulo Timoteo repite el mismo pensamiento, diciendo que la *salvacion está en Cristo Jesus*, (9) se refiere no solamente al alma, porque el alma no es todo el hombre, sino tambien á la vida de la materia, á la libertad pública y privada, á la independencia, á la civilizacion, á todos los adelantos cuya verdadera idea y tipo tiene que residir en una idea infinita que contenga sus gérmenes, es decir, en Dios, y por consiguiente en Jesucristo, por quien Dios se nos ha hecho manifiesto.

Enorgullecido el turco por las victorias de la media luna, amenazaba esclavizar á la Europa en las mismas cadenas que ya tenian presa y cautiva á la ciudad de Constantino, á la antigua y gloriosa Bizancio. La conquista de la isla de Chipre, tributaria otro tiempo de

los sultanes de Egipto, pero ya señoreada por la república de Venecia, era el dorado sueño de un príncipe educado entre los placeres del harem y el humo fascinador de las conquistas de Soliman su padre. La ejecucion sucede al pensamiento, porque fáciles son siempre las empresas á quien dispone de sobrados recursos y no puede temer á su contrario, cuya situacion le es conocida. Fiado en sus propias fuerzas, no sabe que Faraon se envuelve entre las olas del mar rojo, y que para obtener segunda vez este prodigio no es necesario sino que un nuevo Moisés llegue á tocar con su vara las aguas del mar embravecido. ¿Y quién nos salvará de tan formidable adversario? La conquista de la isla de Chipre ¿podia dejar de ser el preámbulo de la dominacion otomana en todo el continente? Imposible, pero hay graves dificultades para acometer la árdua empresa de oponerse á su marcha. (10) Venecia ya no es la antigua reina del Adriático. Francia está vulnerada en el interior, destrozando su vida íntima. Inglaterra ya no es católica y no favorecerá la causa del catolicismo. Austria se halla á la sazon en tregua con el turco. Los príncipes de Italia, pobres y divididos, no pueden prestar ningun auxilio; todo anuncia una catástrofe y augura la muerte de la civilizacion Europea.

Pero aun no se han debilitado las fuerzas de la religion ni faltan entrañas de caridad á su pontífice Pio V. Merced á sus sacrificios y á la cooperacion eficacísima que halla en Felipe II, se apresta la asombrosa liga, nunca mas admirable que cuando menos elementos podian servir al comun acuerdo. Este es el gran milagro que obra el espíritu cristiano por medio de un Pontífice para salvar á la Italia, y dejar consignado en su historia que nadie se interesó como la Iglesia en favor de aquella hija suya predilecta, que nadie veló con mas celo que los Pontífices de Roma por la civilizacion, por la libertad, por los derechos de las naciones. Ya los ma-

res se asombran de ver cargadas sus ondas con el peso de una armada tan formidable; era la mayor que visitaba el Adriático desde los tiempos de Roma y Grecia. Juan de Austria es el encargado de decir al mundo lo que puede la fe católica; y al enarbolar el estandarte de la cruz que le habia sido entregado en Nápoles de parte del Pontífice, se creyó llegada la hora de confiar la Europa, ó bien al pacífico dominio del cristianismo, ó á la bárbara tiranía del otomano.

El entusiasmo religioso enciende con sacro fuego el justo enojo de los fieles. Nicosia y Famagusta han caido bajo el poder del turco, y todo género de abominaciones y crueldades ha cabido en suerte á los habitantes de aquella y á los valerosos capitanes de esta. Pero no, ya no mas; que tú, dia 7 de Octubre de 1571 das á la Iglesia católica un glorioso renombre, á María un nuevo triunfo, y á la impiedad un nuevo escarnio. Allí, bajo un cielo sereno que fingia presenciar indiferente el choque de dos mundos de poder y de fuerza, se decide la suerte por la santa liga; el terror y el espanto se apoderan del ánimo del enemigo, y ennegrecen aun mas las oscuras sombras de la muerte. *¿Dónde está su Dios?* podriamos decir en aquella tarde gloriosísima, en que parecia empeñarse la lucha entre dos principios religiosos. *Ubi est Deus eorum?* (11) Dónde, cuando el mar se tiñe de sangre y reverbera en sus rojas olas la diadema inmortal de Juan de Austria? *ubi est Deus eorum?* dónde, si cede la victoria cuando ya no hay mas á quien vencer, *ubi est Deus eorum?* Sus naves son apresadas; veinte y cinco mil enemigos caen heridos de muerte en el combate: ese monte de poder y de riqueza se desploma con todas sus preciadas galas al soplo del espíritu Divino. Entonces se vieron cumplidas las halagüeñas esperanzas que habia concebido el pueblo de eleccion, cuando decia: *afferamus ad nos arcam fœderis Domini, et veniat in medium nostri, ut salvet nos de manu inimicorum nostrorum.*

Se salvó la civilizacion, merced al espíritu católico. Y ¡cuán interesada no eres tú, España cristiana, en conservar con el Rosario de María el recuerdo de una gloria en que te cupo tanta parte! Fuiste en aquella liga la única potencia que impusiste miedo con tu poder y tu fuerza, cuando tenias que mantener guerras intestinas y acababas de lanzar al desierto al dominador sarraceno: pero tu fe te guiaba, tu espíritu católico sostenido á despecho de la naciente heregía pudo preservarte, y dabas leccion á tus hijos en un hecho que tanto enalteció tu corona. Felices nosotros, si aprovechándonos de tus ejemplos, sabemos dar á la religion el honor y la gloria que requiere, para darnos á nosotros mismos la dignidad, el prestigio, la fortaleza que á ella están solamente vinculados.

Entretanto, mis hermanos, con este triunfo de la actividad católica se enlaza el triunfo de María, y nos dá nuevos títulos á esperar en su patrocinio. ¿Cómo habremos de dudar de ella, ni desconfiar torpemente de la vigilancia que le hemos merecido? La historia de Lepanto ¿qué otra cosa es sino una sola página de la gran historia que contiene la brillante narracion de sus favores? Aquí mismo, cuando la desolacion y la muerte se paseaban por nuestros hogares y Gades cubria su bello rostro con el velo del dolor y del luto, ¿no fué María la que enjugó benigna nuestras lágrimas? Apenas podia yo balbucear tu nombre, Madre mia, y ya era dichoso testigo de tu proteccion en este suelo; yo entonces trazaba en mi corazon tu panegírico, y vislumbraba las glorias de la Iglesia que nos ha dado opcion á tan bellas esperanzas. Esto mismo nos lo dice nuestra historia en todos tiempos. ¿De dónde, si nó, toma orígen su patronato bajo la advocacion del Rosario? Y el ejemplo que hoy dais, Excmo. Señor, ¿no fué un voto solemne por tan singular beneficio? (12) Sepamos agradecerlo segun el espíritu de la Iglesia, y tal como tiene derecho á

exigirlo de nosotros, es á saber, tributando toda gloria al cristianismo, confesando que él es únicamente el que ha salvado nuestra alma por el don precioso de la fé y el que ha libertado á nuestra patria por el poder inmenso, por la actividad que atesora.

Gratitud he dicho: pero que no sea solo este sentimiento el que nos lleve á los altares de María. No es digna de sus hijos una devocion tan interesada, ni mucho menos una idea tan pobre del cristianismo; y ¿quién sabe si el Dios que penetra en los corazones, no leyendo en nuestro pecho sino el temor á las calamidades y el interés que dirige la súplica, detendrá el manantial de sus gracias, y hará infructuosa la proteccion de nuestra madre? No lo permita su misericordia; mas no confiemos demasiado cuando estamos tan lejos de merecerla. Amémosla, imitemos sus virtudes, admiremos su grandeza, no ya porque nos cubre con el manto de su proteccion amorosa, no porque purifica con sus hálitos purísimos la infestada atmósfera que nos amenaza, no porque á ejemplo de Abigail detiene el golpe de la justicia de un Dios justamente indignado contra nosotros, no; dulces son estos títulos, pero hay otros mas dignos de una fé viva y de un verdadero entusiasmo. Ensalzémosla, sí, porque es la criatura mas excelente y admirable en que puso Dios el trono de su amor, porque es la escojida entre todas las hijas de Jerusalen, porque es llena de gracia, porque el Señor está con ella, porque es bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de su vientre. ¡Qué títulos tan gloriosos! Ellos nos aseguran, si sabemos apreciarlos, la esperanza que pusimos en su patrocinio.

Y tú, Vírgen de Sion, madre amorosísima del Rosario, no desprecies nuestros votos, ni pueda nunca serte indiferente la suerte de tu pueblo. Santa María madre de Dios, este carácter te dá derecho á una intercesion en que afianzamos el nuestro: pide incesantemente con la amo-

rosa súplica de la madre por el humilde hijo que te invoca; ruega por nosotros los pecadores, que el pecado y no otro mal es la causa de tantas desventuras, purifica nuestras conciencias, robustece el espíritu cristiano que vacila, seamos siempre hijos tuyos por la fe, por el denuedo, por la nobleza y la hidalguía en la confesion de las verdades católicas, para que ahora y en la hora de la muerte tuyos sean nuestros suspiros y nuestro sea tu corazon que hoy te pedimos.

¡Qué mas gloria, qué mas honor que el lauro y la gloria de María! esforcémosnos en fomentar el culto de su santo Rosario. Excmo. Sr., no es mucho que yo exija de Cádiz lo que para Cádiz es perla de valor inmenso, ni será demasiado que os exhorte á la perseverancia cuando me dá un derecho á ello la piedad que os congrega en esta Iglesia. Habeis aceptado un solemne compromiso; para estimularos á correr por esta senda gloriosísima me basta hoy solo vuestro ejemplo. Así uniremos la gloria de María á los triunfos del cristianismo, y sus mismos laureles formarán nuestra corona. Vereis tambien como las olas de nuestro Océano nos visitan mas tranquilas y benignas, y guardan con su murmullo el sueño de la inocencia; y el ángel de la paz, de la salud y de la gloria, velará nuestros hogares, impidiendo que se acerque el ángel esterminador, y así fortalecidos por la proteccion de María, con la fe dentro del pecho y la justicia en nuestras acciones, ganaremos la tranquilidad en el tiempo presente y la eterna dicha en el futuro. Amen.

NOTAS.

(1) Véase *Maldonat. Comment. in Evang. in Luc.* cap. I. n. 96.
(2) 1 *Corint.* XII. 27.
(3) *Coloss.* II. 3. 9.
(4) Libr. III. c. 33.
(5) *Tertull. in libr. de Carn. Christ.* XVII.
(6) *Aug. Serm.* 15 *de tempore.*
(7) *Eccles.* XXIV. 27.
(8) *Joan.* XIV. 6.
(9) *Ad Rom.* I. 16. II *ad Timoth.* II. 10.
(10) Las siguientes palabras de este párrafo, están tomadas con corta variacion y diferencia de un historiador contemporáneo nuestro, habiéndolas escogido como mas apropósito para el objeto. *Lafuente. Historia de España* t. XIII. c. 12. pág. 483.
(11) *Psalm.* LXXVIII. 10.
(12) En el año 1730 se libertó nuestra ciudad de una peste asoladora por haber acudido á la intercesion de la SSma. Vírgen, bajo el título del Rosario, en cuya virtud acordó el Excmo. Ayuntamiento asistir á la fiesta que se celebra en honor de la Señora en la Iglesia de Santo Domingo. En 1755 fué declarada patrona de Cádiz, bajo el mismo título, por habernos salvado en el gran terremoto ocurrido aquel año, que puso á la ciudad en el mayor peligro.